

LA FRUSTRADA INVASIÓN DE JAPÓN: *KAMIKAZE*, «VIENTO DIVINO»

Juan Manuel GRACIA MENOCA



A palabra *kamikaze*, cuyo significado trascendental en japonés es «viento divino», empezó a usarse ampliamente a partir del año 1281, cuando los legendarios mongoles pretendieron invadir Japón en dos intentos que no fructificaron debido a unos temporales que hundieron barcos, tropas y los planes del Imperio mongol. Puede decirse que Japón se salvó en una fundamental encrucijada bélica, que quedó marcada en su historia nacional, puesto que no habría podido oponerse a la superioridad de los mongoles, que ya habían invadido China y Corea. El gran Kublai Kan, jefe mongol y nieto de Gengis Kan, conquistador de China, exigió la sumisión de Japón, enviando una primera flota con tropas mongolas acompañadas de mercenarios chinos y coreanos, que llegaron hasta la bahía de Hakata, en la isla de Kyushu (la tercera isla japonesa en extensión), después de zarpar de Hapoo, en Corea del Sur, y cruzar su Estrecho, llegando a las aguas que bañan las tierras del sur de Japón, cuyos defensores carecían de suficientes medios humanos y materiales para poder enfrentarse a los invasores de Asia.

En un primer intento de invasión de las tierras japonesas en el año de 1274, aunque los mongoles disfrutaron de un éxito inicial, al retirar la flota durante las primeras noches de combate sus naves fueron sorprendidas por una gran tempestad que durante varios días les obligó a salir a alta mar, perdiendo 200 barcos y casi 15.000 hombres. Pese a estas considerables pérdidas, Kublai Kan preparó otro nuevo ataque en el año 1281, esta vez con una gran armada compuesta por 4.000 embarcaciones y 140.000 soldados (cifra asombrosa para aquellos tiempos), que zarpó del puerto chino de Chingyuan. Mas una vez en alta mar, la flota se cruzó con un tifón en su ruta de ataque, que la desmanteló totalmente hundiendo la mayoría de sus naves, lo que hizo desistir definitivamente a Kubai Kan de sus intentos de invadir Japón.

Como consecuencia de estos dos intentos fallidos los japoneses dieron a la palabra *kamikaze* el significado de «viento divino», que acudió en dichas dos



Buda.

ocasiones en ayuda de la defensa de su país, por lo que daban gracias a sus divinidades en sus plegarias de ritos Shinto. Aquella fue la última vez que los mongoles intentaron seriamente volver a Japón como ejército invasor. Durante siglos, los nativos del golfo de Imari y de la bahía de Hakata en Kyushu han recordado esas invasiones, transmitiendo a muchas generaciones de japoneses la palabra *kami-kaze*, que sirvió posteriormente para identificar la máxima entrega en los hechos bélicos de este pueblo, que llegaba a la inmolation, de ser necesario, a la hora de enfrentarse al enemigo en la defensa de su país.

Desde el año 1980, el Ministerio Japonés de Educación ha intervenido en la localización de los pecios mongoles

y en los posteriores trabajos arqueológicos de recuperación de objetos de sus naves. Uno de los descubrimientos más importantes fue un sello de bronce con inscripción, que perteneció a un oficial mongol que estaba al mando de una parte de la caballería. La inscripción alude a la invasión del Japón. La importancia de este sello radica también en que hasta el año 1281 la dinastía mongol no había usado signos escritos de su lengua, y gracias a un encargo a un monje tibetano se creó la primera escritura de su historia. Una idea de la importancia del hallazgo la da el que Japón lo haya considerado como uno de sus tesoros nacionales. Esta coincidencia entre el año de la frustrada invasión y el de la incorporación de la lengua de los invasores a los signos escritos es considerada por los japoneses como uno de los grandes hitos históricos de la época. Con los objetos extraídos de los pecios mongoles se han ido configurando exposiciones permanentes en distintos museos. Otra muestra de la importancia del tesoro arqueológico hallado en los pecios mongoles la da una estatua de bronce de Buda, que estaba expuesta en el año 2007 en una pequeña capilla en la isla de Takashima. También es de destacar el hallazgo de piezas de porcelana de la Dinastía china Yuan (primera dinastía de los

mongoles en territorio chino, que implantaron su capital en Pekín, llamada entonces Dadu). Estas porcelanas están decoradas en azul y blanco, y se encontraron junto a balas de piedra que eran usadas por los cañones mongoles, llamados «mangonel» (en esa época aparecen los primeros cañones en poder de los mongoles), desconocidos por los japoneses, por lo que sus atónitos guerreros se enfrentaban a unas nuevas armas que el «viento divino» les ayudó a vencer. Fue en el año 1543 cuando los portugueses introdujeron las primeras armas de fuego en Japón; 262 años después de la frustrada invasión.



Respecto a la porcelana encontrada, fabricada durante la dinastía Yuan, recuerdo que era originaria de Jungdezhen, una de las factorías de porcelana más importantes para las cortes chinas y gran suministradora de los galeones de Manila en los años posteriores (a partir de 1565), cuando los chinos *sangleys* implantados en Manila vendían sus mercancías y porcelanas a los comerciantes españoles para que éstos las enviaran después a Nueva España y a España. En varios pecios portugueses, holandeses y chinos han aparecido diversas clases de porcelanas que luego han obtenido gran valor en subastas internacionales. Por ejemplo, de un junco chino recuperado entre los años 1976-77 a la altura de Sinan, cerca de la costa de Corea del Sur, se encontraron más de 6.000 piezas. Y en el pecio de la nao española *San Diego*, hallada en Filipinas en 1991, aparecieron porcelanas totalmente intactas a una profundidad de 50 metros, procedentes de la misma factoría de Jingdezhen, en Jiangxi. Estas porcelanas se exponen en el Museo Naval de Madrid, y el conjunto está compuesto de varias botellas y platos de vajillas decorados con aves, pintadas de azules y blancos, con una ornamentación tornasolada trazada a pincel directamente sobre el cuerpo crudo, con un colorante de óxido de cobalto que durante la cocción se convierte en azul. Este conjunto perteneció al servicio doméstico de la nave española, hundida en el año 1600 cerca de Manila tras un combate con los holandeses. También se descubrieron en este pecio empuñaduras de sables japoneses llamados *tsubas* —expuestas asimismo en el Museo Naval—, ya que los españoles habían tenido mercena-

rios japoneses a bordo de la nao *San Diego* en la defensa de Manila. Claros ejemplos todos ellos de hallazgos subacuáticos, que sirven para la reconstrucción de la historia aportando nuevos elementos para su mejor conocimiento, y que después de numerosos avatares acaban en museos o en colecciones privadas.

Los japoneses censados en Manila en el año 1600 eran alrededor de 1.500, incluyendo los calificados como mercenarios al servicio de los españoles, llamados *bushis*, no samuráis. Ellos conocían perfectamente el significado de la palabra *kamikaze*, tras 319 años transcurridos desde la invasión mongol a Japón. Convendría aclarar un tópico muy extendido sobre los samuráis, que no parece tener mucho que ver con la realidad. La palabra samurái, elegida por los occidentales, no conlleva las nociones de bravura y caballería que por el contrario expresaba el *bushi*, que allá por el año de 1600 llevaba dos sables, uno largo y otro corto, denominados *daisho*, y que daba su vida por honrar a quien servía, con sus sables impregnados de alma y corazón. Siglos después, con distinto armamento pero con similares ideales, a los pilotos *kamikazes* les leían sus mandos antes de volar un párrafo del libro *Bushidor*, compendio del guerrero medieval: EL VIENTO DIVINO HA ESTADO PRESENTE HASTA NUESTROS DÍAS.

